

Es un fenómeno que en los últimos años se ha ido acrecentando. La prensa lo llama "actos de vandalismo" y se caracterizan por la destrucción que sus actores hacen de cuanto encuentren por delante. Basta que exista una multitud que proteja su anonimato para que los vándalos apedreen autos y casas, arranquen de cuajo luminarias, bancas de estadios o paseos públicos, rompan vitrinas comerciales o pintarrajeen monumentos y hasta sepulturas... Lo inquietante es que de esta actividad destructiva los vándalos no suelen obtener, por lo general, beneficios. Cuando las cámaras de televisión han logrado captarlos en su insólita actividad, se los ve con una expresión hosca que delata un odio profundo, a la vez que despliegan una energía liberadora de quizás qué recónditos sentimientos.

Nosotros, los buenos ciudadanos, no podemos explicarnos tan insólita costumbre. Por de pronto, no nos sentimos responsables de ellas. Hacemos todo lo posible por mantener una relación armoniosa con nuestros conciudadanos, cualquiera que sea su estado social. Somos buenos cristianos que solemos entregar nuestro

aporte solidario a la institución de beneficencia que preferimos y, de vez en cuando, deslizamos una moneda en la mano extendida de un mendigo.

Cuando somos víctimas directas de actos de vandalismo en nuestras casas, nuestros autos y a veces en nuestras propias personas, sentimos la indignación de haber sido víctimas de una agresión injusta y gratuita. ¿Por qué a nosotros, si nada hemos hecho contra nuestros atacantes?

Y si bien nuestra perplejidad es justificable en el plano individual, no lo es tanto cuando la extrapolamos al plano social.

Primero, reconozcamos que el fenómeno recurrente del vandalismo no es una característica nacional, sino que representa un hecho que ha aflorado en todo el mundo occidental, el mismo que ha

Resentimiento social



adoptado como política económica la de la economía de mercado. Ello ha traído a muchos países, el nuestro entre otros, grandes éxitos en la macroeconomía, pero a la vez ha ido abriendo la brecha que existe entre ricos y pobres. La desigualdad de ingresos entre unos y otros es cada día mayor, el flagelo del desempleo se hace sentir ya en las grandes potencias económicas de Europa y comienza a amenazar al nuestro. "La torta no se reparte -dijo recientemente uno de nuestros dirigentes empresariales-. La torta es

subproducto el régimen de libre mercado sino el resentimiento social?

Si agregamos a lo anterior que las familias modestas se ven bombardeadas a diario por una publicidad que habla maravillas de lo que se puede adquirir en exclusivos "malls" y en inmensos supermercados, es fácil imaginar la frustración que eso engendra, las apetencias que se despiertan y que no pueden satisfacerse. Todo eso nos lleva al resentimiento social, que, una vez generalizado, puede ser más peligroso que cualquier ideología revolucionaria.

ria. Creo que el fenómeno del vandalismo es la primera expresión de ese odio larvado que van experimentando los pobres, sintiéndose condenados a perpetuidad a su condición de tales contra quienes, indiferentes y satisfechos somos, cual más cual menos, usufructuarios del "milagro económico" chileno.

Una de las películas que más me han impresionado últimamente es "La ceremonia", de Claude Chabrol. En ella se cuenta la historia de una empleada doméstica que llega a servir a la casa de una bien acomodada y cristiana familia. La tratan con toda consideración, tiene un buen cuarto provisto de televisión, pero la diferencia entre la vida de los patrones y la suya le resulta progresivamente intolerable: va incubando así un resentimiento profundo contra sus buenos patrones, y la película termina en un baño de sangre en que la empleada mata a toda la familia.

A mí me pareció que "La ceremonia" era una alegoría del mundo en que estamos viviendo, y tiemblo pensando que algún día la alegoría pueda convertirse en realidad. En nuestra realidad.

24. Dec 96 SERGIO VODANOVIC